

EL EMBAJADOR EDWARD M. KORRY EN EL CEP*

A continuación se transcribe el diálogo que sostuvo el embajador Edward M. Korry con el historiador Joaquín Fernandois y con Arturo Fontaine Talavera, director del CEP, los días 16 y 21 de octubre de 1996 en el Centro de Estudios Públicos. La entrevista versó sobre los acontecimientos y temas expuestos por el embajador Korry en la conferencia ofrecida el 16 de octubre en el CEP, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos (1963-1975)”, la que también se incluye en esta edición de *Estudios Públicos*.

Aquí el embajador Korry se expande sobre algunos hechos, añade datos y ejemplifica. Sus respuestas nos llevan directamente, por la viveza del lenguaje, al ambiente de la política chilena de fines de los sesenta.

EDWARD M. KORRY. Embajador de Estados Unidos en Chile entre los años 1967 y 1971.

* Las preguntas fueron hechas principalmente por Joaquín Fernandois y Arturo Fontaine Talavera. Algunas otras las formularon participantes que no fue posible identificar en la grabación. Las respuestas del embajador Korry fueron traducidas al castellano por Joaquín Fernandois, quien colaboró a su vez en la edición de la entrevista.

En la sección documentos de esta edición, en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, se incluye el Informe de Contingencia, de agosto de 1970, “Fidelismo sin Fidel”, y algunos de los cables que el embajador Korry intercambió con el Departamento de Estado de Estados Unidos en el mes de agosto de 1970.

—*E*mbajador Korry, comenzaremos por plantearnos algunas situaciones de los años sesenta. Usted ha afirmado que la Casa Blanca de los Kennedy habría destinado ingentes sumas de dinero con el fin de asegurar la victoria de Eduardo Frei [Montalva] en las elecciones de 1964 y, posteriormente, la implementación de su programa socioeconómico, que incluía una profunda reforma agraria.

—La primera intervención presidencial norteamericana en Chile se dio de hecho en la época de Eisenhower, después del terremoto devastador que hubo acá [1960]. Eisenhower, bajo la influencia de su hermano —quien estaba muy interesado por los asuntos sociales en América Latina, especialmente por la educación—, dijo que no autorizaría el desembolso de la totalidad de los préstamos prometidos para la reconstrucción del país, o una gran parte de ellos, si el Presidente Jorge Alessandri no aceptaba introducir una reforma agraria. Alessandri se molestó mucho, pero tuvo que acceder porque de lo contrario no habría más dinero.

Yo no sabía nada acerca de esto hasta que Alessandri me lo contó en 1967, la primera vez que me entrevisté con él, poco después de mi llegada a Chile. Alessandri no lo había olvidado. Entonces pregunté a Washington, porque en la embajada no había nadie de esa época y nadie se acordaba, y yo quería saber si era cierto. Era cierto, Alessandri tenía razón.

De modo que fue un gobierno republicano, el de Eisenhower, el primero en impulsar una reforma agraria en Chile. Cuando llegaron los Kennedys a la Casa Blanca, no tuvieron más que acelerarla. Era la consigna que imperaba en todo el mundo, ya sea en África o en Asia. Era, precisamente, una sección del catecismo de los Kennedy.

—*Recuerdo haber leído en un artículo de The New York Times, de 1981, que usted sostenía que las cifras de apoyo político a la Democracia Cristiana [DC], hasta 1964, no habían sido tres millones de dólares, como señaló el informe de la Comisión Church¹, de todas maneras una enormidad para la época, sino veinte millones. Usted ha dicho que la Comisión Church trató de proteger a los Kennedy y a la Iglesia Católica. Lo del dinero, ¿es efectivo?*

—Sí, lo es.

—*¿Tenía ese dinero la intención política de ayudar a la Democracia Cristiana?*

¹ En la conversación se alude repetidamente a la “Comisión Church” o “Informe Church”. Ésta fue la comisión del Senado de Estados Unidos, presidida por el senador Frank Church, que investigó operaciones de la CIA tanto en Chile como en otras partes del mundo, consideradas ilegales o ilegítimas. Chile, sin embargo, ocupó un lugar central en sus deliberaciones. Este tipo de investigaciones o “audiencias” son llamadas “hearings”. [N. del E.]

—Sí, sí. Cuando se examina la documentación de la AID [Agency for International Development] en lo referente a la ayuda a Chile, se ve que estaba dirigida específicamente a apoyar a la Democracia Cristiana y a Frei en las elecciones de 1964. El dinero de la AID tenía un propósito específico, según las instrucciones dadas por la Casa Blanca. Cuando la gente dice que fue la CIA, bueno, la CIA fue la organización que tenía los contactos y todas esas cosas, pero el dinero provenía de diferentes fuentes gubernamentales. La CIA propiamente tal sólo entregó tres millones de dólares. Sin embargo, por ejemplo, un funcionario del Departamento de Estado estaba entregando dinero en efectivo; la Iglesia estaba entregando dinero en efectivo; la AID entregaba préstamos y donaciones (*grants*); Cáritas obtenía donaciones de la AID... Así, de diferentes contabilidades se concluye que la cifra real estaba en las decenas de millones de dólares.

—Usted mencionó en su conferencia de hoy² que Ralph Dungan y Robert F. Kennedy, entre otros, ayudaron a establecer un vínculo directo entre el Partido Demócrata Cristiano [PDC] chileno y Estados Unidos. ¿Cuándo comenzó ese vínculo? ¿Cuándo empezó a llegar ese dinero al PDC chileno?

—Probablemente a comienzos de 1963, después que el Presidente Kennedy se entrevistó con Eduardo Frei [Montalva]. Fue una entrevista secreta; creo que tuvo lugar en la primavera [boreal] de 1963. Posiblemente fue planeada después de que Schlessinger y Goodwin vinieron a Chile [1962], cuando Goodwin, al mismo tiempo, tuvo el presunto encuentro con el Che Guevara en Argentina.

Como lo dije en la conferencia, muy poca gente entiende o entendió cuán poderoso era Ralph Dungan en la Casa Blanca de los Kennedy. La oficina más poderosa de la Casa Blanca es la “Corner Office”. En esa época, mirarla era algo parecido a mirar a quienes estaban sobre el mausoleo de Lenin en la Unión Soviética: según su posición se podía saber quién subía y quién bajaba en la jerarquía. Durante el gobierno de Eisenhower la ocupó Sherman Adams; en el período de Kennedy la ocupó Ralph Dungan. Sus responsabilidades incluían reclutar a los embajadores y a los directores de la AID, encargarse de las relaciones con la Iglesia Católica, de las relaciones con las autoridades educacionales, con el movimiento sindical, todo lo cual ya estaba bajo su mando cuando trabajaba para el senador John F. Kennedy, antes de que éste llegara a la Casa Blanca.

² Se trata de la conferencia “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos”, que se publica en esta misma edición y que fue presentada por el embajador Korry en el Centro de Estudios Públicos el 16 de octubre de 1996. [N. del E.]

Es importante comprender cuál fue la posición de Ralph Dungan en la Casa Blanca. Próximo a Bobby Kennedy, Dungan era el hombre que se encargaba de los asuntos importantes. Era un miembro de número de lo que se llamaba la “mafia irlandesa”. Se había educado con los jesuitas en St. Jospeh, en Filadelfia, y estaba a cargo de todos los asuntos latinoamericanos. Toda la gente del Departamento de Estado tenía que responder ante él. Era extremadamente inteligente, enérgico y discreto, en el sentido de que ningún diario norteamericano escribió jamás algo acerca de él. Lo hicieron en cambio los diarios chilenos, porque estuvo en la línea de frente de la reforma agraria en Chile cuando fue embajador en Chile.

Y como en 1962 Dungan me reclutó para que asumiera la embajada en Etiopía, debo decir que era muy inteligente. Pero eso no tuvo nada que ver con mi posterior designación como embajador en Chile en 1967. En efecto, de acuerdo con el ofrecimiento que me hizo entonces el Presidente Johnson, se suponía que yo iría a Yugoslavia, pero los miembros de carrera de la diplomacia no lo aceptaron. Entonces fui enviado a Chile. Pero fue un cambio de último momento, Dungan ya había dejado su puesto en Chile.

Cuando llegué a Chile en 1967, todo el mundo atacaba a Dungan, y yo lo defendí por razones de lealtad, aunque cambié sus políticas.

—*Volviendo a las cifras de la Comisión Church, se habrían entregado de tres a cuatro millones de dólares de la época en recursos políticos a Chile entre 1962 y 1964. Los veinte millones de dólares que usted menciona, entonces, ¿son adicionales?*

—Ésa es una “suma global” [en castellano]. Es muy difícil pesquisarlo todo porque provenía de diferentes partes, y yo no puedo hacerlo. De hecho, nadie podría hacerlo sin contar con un gran equipo y muchos recursos. Cuando se entregaba dinero de la AID a organizaciones católicas de asistencia, por ejemplo, había que seguir su pista, cómo fue gastado.

Le puedo decir que uno de los problemas más grandes que tuve cuando llegué a Chile en 1967 fueron las garantías a las empresas norteamericanas, porque en mi opinión ellas eran ilegales o al menos cuestionables. Las garantías se otorgaron de una manera que no debió haberse hecho. En particular en el caso de la Kennecott, cuya garantía de inversión difería abiertamente con lo que después sería la política de la OPIC³. (En esa época no era la OPIC, sino que una oficina de la AID.)

Años después vino a Chile el ejecutivo máximo de la AID, que estaba entonces en el World Bank International Finance Corporation, y le

³ OPIC (Overseas Private Investment Corporation), entidad creada por el gobierno de Estados Unidos para que se hiciera cargo, a partir de enero de 1971, de las garantías de las compañías norteamericanas en el exterior. [N. del E.]

hablé retrospectivamente de la garantía a la Kennecott. Me dijo que la garantía a la Kennecott, de cientos de millones de dólares, fue otorgada después de mucha presión ejercida, en primer lugar, por la Casa Blanca. Aquí no estamos hablando de cuatro millones de dólares. Luego, algunos de los más poderosos senadores norteamericanos, hombres de la más alta moralidad, cuyos nombres no quiero repetir aquí, habían insistido en que se otorgara. Pero la AID sabía que ésta no era una garantía propiamente tal.

Así que cuando usted pregunta cuánto era en total, usted puede alcanzar una cifra de cientos de millones de dólares. Sé que fue una cantidad muy grande, aunque no la puedo precisar con exactitud.

Lo mismo vale para los contactos de la CIA y Veckemans con los demócrata cristianos de Italia, para que éstos enviaran ayuda a Chile. No se puede decir que fue una operación directa de Estados Unidos; pero sí que cuando algo ocurría, finalmente era asumido por el contribuyente norteamericano, porque había que reembolsarle a Italia, quizás no todo, pero algo... Aunque no puedo dar cifras exactas, sí puedo afirmar que se trató de una operación muy grande.

—*¿Puede darnos alguna medida, para tener las proporciones? ¿Era algo inusual en América Latina?*

—Como lo dije en la conferencia, era un intento de repetir la operación de Italia en 1948, cuando fue movilizada la totalidad de la sociedad norteamericana. Al decir la “totalidad”, quiero decir las grandes corporaciones como la ITT, por ejemplo. También los sindicatos norteamericanos fueron movilizados, entregaron dinero y enviaron a sus activistas a Chile... Fue una operación enorme.

—*Sobre los préstamos y créditos de la AID: ya que esos documentos son ahora de conocimiento público, ¿se podrá saber por ellos si el dinero tenía finalidades políticas?*

—Nadie habría dicho: “Vamos a entregar un préstamo para la elecciones...” Habría sido muy estúpido. Pero en los lineamientos generales de por qué se estaba dando dinero a Chile, quedaba muy en claro que el propósito era tanto político como socioeconómico y de desarrollo. Eso sí se decía específicamente.

—*¿Estamos hablando de los veinte millones destinados a apoyar a la Democracia Cristiana?*

—Correcto.

—*Tres millones de dólares fueron gastados directamente por la CIA.*

—Sobre tres millones, casi cuatro.

—*¿Sabe usted qué proporción de ese dinero fue gastada, propiamente tal, en la campaña política de las elecciones de 1964?*

—No puedo decirle, porque no tuve nada que ver con eso... En todo caso, las cantidades que se decidieron estaban pensadas para obtener una mayoría absoluta, como algo opuesto a una mayoría relativa. Porque el objetivo declarado del pueblo de los Estados Unidos era tener un gobierno “exclusivo”, como en Italia, para poder implementar el resto del programa de manera inteligente. Habría resultado muy difícil desarrollar el resto del programa y al mismo tiempo administrar una coalición. Mucho más fácil era tratar con un solo partido... No olvide que todo el mundo en la Casa Blanca era católico romano. Dungan y Robert F. Kennedy trataban con gente que compartía su misma religión, porque eran los contactos más fáciles y confiables, y también por otras razones. Personas como Dungan y Bobby Kennedy, cuando hacen cosas como éstas, las hacen con gran celo y convicción.

—*El dinero distribuido ¿fue efectivamente a donde se suponía que debía ir?*

—Como no estaba aquí en 1964, no puedo responder a su pregunta. Pero me parece que la mayor parte del dinero fue a parar a donde se suponía que tenía que ir.

Cuando hablamos de veinte millones, quiero estar seguro de que usted entiende que esa cifra es el mínimo que debe haber sido empleado en efectivo, es decir para bienes fungibles como alimentos, por ejemplo. Usted recordará que había paquetes de alimentos de Estados Unidos que eran muy visibles; había una gran cantidad de ellos, y la Iglesia los distribuía.

Entre paréntesis, la única vez que el cardenal [Silva Henríquez] vino a verme durante mis primeros tres años en Chile fue con ocasión de las elecciones [parlamentarias] de 1969, para quejarse de que una parte de la ayuda de Cáritas y del Catholic Relief no estaba llegando a la gente que debía recibirla. Le señalé: “Si usted tiene alguna queja debe dirigirse a la Iglesia en Estados Unidos. Son fondos de la AID y eso está en su territorio, no en el mío”. Estoy contestando su pregunta de una manera muy indirecta, pero fue la única que vez que me sucedió algo así. Él [el cardenal Silva Henríquez] debe haber tenido algún antecedente de que gente de sus simpatías recibía dinero; pero esta vez debió haber llegado a otros. Es la única conclusión a la que puedo llegar. Yo no sabía nada de lo que pasaba y tampoco quería saber nada.

—*Cuando usted menciona a organizaciones de Iglesia dentro de ese programa de ayuda a la Democracia Cristiana, ¿de qué tipo eran?*

—No hay que olvidar que el padre Veckemans vino a Chile en 1958. Ha sido uno de los más grandes organizadores de los tiempos modernos. Tenía contactos estupendos con la corte del rey Balduino de Bélgica y

con otros líderes europeos. Tenía excelentes contactos con la jerarquía de la Iglesia Católica norteamericana. Y bueno, como ya lo he dicho, también estaba Dungan...

—¿*Qué pasó después con el padre Veckemans? Entiendo que abandonó el país inmediatamente después de las elecciones de 1970.*

—Sólo lo vi en 1967 —durante el primer o segundo mes que llegué a Chile— y en mis contactos con el gobierno chileno pregunté cuál era el *status* de las relaciones con el padre Veckemans; concluí que esas relaciones estaban tensas porque él se había excedido en sus atribuciones. Decidí entonces que era alguien a quien no quería conocer. Nunca conocí a ninguno de los miembros del Centro Belarmino, excepto cuando alguien me presentaba a uno de ellos en una recepción y me decía “le presento a tal o cual”, y debo haber estrechado sus manos. La única vez que fui al Centro Belarmino fue cuando vino a Chile el embajador Sol Linowitz en 1970. Me dijo que quería entrevistarse con dos personas y que lo llevara. Uno era el padre Veckemans y el otro Gabriel Valdés. Entonces lo llevé al Centro Belarmino y preguntamos por el padre Veckemans, pero no estaba. Antes de abandonar el lugar nos insistieron en que firmáramos el libro [de visitas] y luego nos fuimos. De modo que mi firma está en el libro, pero no vi a nadie excepto al hombre que estaba tras el escritorio de la recepción.

Inmediatamente después de las elecciones [1970], el padre Veckemans me llamó y dijo que tenía que verme. Vino a mi casa y me dijo que su vida corría peligro, que quería dejar el país junto a su empleada y el marido de ésta, y que yo los tenía que sacar. Le dije: “Pero seguramente usted conoce a gente en la CIA”. Me respondió que ellos no harían nada por él. Me indigné. Me parecía que si mi país usaba a alguien, se debía hacer responsable por él. Llamé al jefe de estación de la CIA y le dije: “Esto es indignante; si usted usó a este hombre en 1963 ó 1964, o cuando sea que haya sido, y aunque usted no es el que lo hizo entonces y yo no soy el mismo embajador, tenemos que sacarlo...” Conseguimos que el gobierno de Colombia les diera visas y al día siguiente salieron los tres por avión.

—¿*Por qué estaba en peligro su vida?*

—No sé si su vida estaba en peligro. Todo lo que sé es lo que él me dijo, y no pregunté nada, aunque me lo imagino. Cuando se es embajador puede perderse gran cantidad de tiempo y de esfuerzo si uno se ve envuelto en los detalles. En momentos como ése, cuando todo el mundo estaba trastornado y todos venían a verme, el asunto era tomar decisiones y dejar a otros, como los historiadores... [que explicaran lo demás].

—*Volviendo a los fondos que llegaban a Chile en la década de 1960 para fines políticos, ¿cómo se canalizaba la ayuda proveniente de Alemania Occidental?*

—Los alemanes lo hacían por medio de una fundación, de modo que era algo abierto, legal. El dinero venía de la Iglesia en Alemania.

—*¿Tiene usted alguna información específica acerca de la cantidad de dinero que venía de los países comunistas?*

—Grandes cantidades. Alemania Oriental era una fuente importante, en particular para el Partido Radical. Baltra y Bossay iban allí a buscar recursos.

Otra vía tradicional era dar contratos de trabajo a gente conectada abierta u ocultamente con el Partido Comunista o el Partido Socialista. El Partido Comunista tenía varios negocios, y por medio de ellos se podía contratar trabajos. Era una forma muy legal para ingresar dinero.

—*Antes de que usted llegara a Chile, ¿todo el dinero proveniente de Estados Unidos iba a la Democracia Cristiana y nada a la derecha?*

—No, no diría eso. Por ejemplo, cuando llegué, ordené terminar la ayuda a la revista *PEC*. El editor, [Marcos] Chamúdez, nunca me lo perdonó. Le cortamos el financiamiento porque esa publicación —comenzada con el apoyo de la CIA— había llegado a ser tan antifreísta y antigobierno que resultaba ridículo que Estados Unidos tratara de ayudar a Frei y, a la vez, financiara a alguien que se oponía frenéticamente al PDC. Por eso dije: olvídense de él, no quiero que siga este absurdo. Ahora, sabiendo que esto había ocurrido, me imagino que hubo otros casos.

A mi llegada también descubrí que había una especie de plan de pensiones, a raíz de lo que había sucedido en 1963 y 1964, para algunos políticos que no eran demócratas cristianos, aunque había algunos de éstos comprendidos en el plan. Recibían un pago mensual de la CIA. Traté de eliminar el plan y lo hice con todos, salvo con uno o dos... Pero en respuesta a su pregunta, sí, había otros que no eran demócrata cristianos.

—*¿Cómo es posible que Estados Unidos se haya identificado con un programa de transformación intensa en Chile, que comprendía políticas como la reforma agraria, algo que jamás se habría intentado en su propio país? Esto, por supuesto, era parte de la búsqueda de un “modelo” en América Latina. Eisenhower por un momento creyó encontrarlo en la administración de [Jorge] Alessandri; después la Casa Blanca de los Kennedy y de Johnson lo encuentran en Eduardo Frei Montalava...*

—Estando ya acá en 1967, en una primera fase del análisis de la posición de Estados Unidos en Chile, nos vimos forzados a concluir que la totalidad de la política agrícola de la administración Frei —no la reforma agraria— se estaba llevando a cabo en forma equivocada. No creíamos en la política de fijación de precios del trigo, por ejemplo. Si me perdonan la

comparación, era el mismo problema que había en África, donde los habitantes de las ciudades eran subsidiados a costa de la población rural y de la productividad total del país. Como los precios se mantenían oficialmente bajos, la gente en las ciudades estaba feliz y no había, por lo tanto, un incentivo efectivo para incrementar la producción agrícola.

Durante la inauguración de un centro astronómico en el cerro Tololo tuve la oportunidad de preguntarle directamente al Presidente Frei qué pensaba de [Jacques] Chonchol. Estoy seguro de que él me respondió de manera honesta: me dijo que pensaba que era un cristiano puro e inocente, que no tenía ningún tipo de ideas extrañas. Le señalé al Presidente que Jacques Chonchol me parecía un recién llegado al partido; le dije que Chonchol y los miembros de la directiva de la Democracia Cristiana, Julio Silva Solar, el senador Gumucio y otros con los que yo había tenido conversaciones privadas, sostenían ideas que me habían parecido muy similares, en su designio final, a las que yo había escuchado en los países socialistas.

Ahora, si se examinan los hechos de esa época, se verá que Frei pronunció después un discurso, en algún lugar del sur de Chile, en el que decía que el socialismo no era lo que quería la Democracia Cristiana, sino el comunitarismo. Pienso que nos estaba respondiendo a mí y a otros de la embajada que sentíamos que se seguía un curso erróneo en la política agraria. Por otro lado, debo decir que pensábamos que el gobierno de Frei estaba alcanzando éxitos espectaculares en educación; de hecho, aún hoy se perciben en Chile los frutos de esas inversiones en educación. Pero en materia agrícola sabíamos que no había manera de influir, no había nada que pudiéramos hacer debido al *establishment* político del gobierno de la Democracia Cristiana.

Le podríamos haber planteado el asunto al Presidente Frei, le podríamos haber explicado nuestras preocupaciones, haberle dicho que nosotros estábamos pagando por todo eso. Pero no lo hicimos; nunca lo presionamos para cambiar nada. Porque si uno decide que un país debe tener mayor libertad para tomar sus decisiones, no se puede insistir en que éste mantenga el camino que uno quisiera. Para ello fueron elegidos. Ellos debían decidir cómo hacerlo; si no lo hacían bien, tendrían que pagar el precio de no ser electos. Ésa es la forma cómo funciona la democracia.

...También recuerdo que tuve una discusión muy interesante con el senador Gumucio y el diputado Julio Silva Solar el primer mes que estuve aquí; estaban interesados en el asunto del cobre. Me plantearon: “Suponga que nacionalicemos el cobre”. Respondí: “Mientras se pague el precio real y en plazo adecuado, ustedes pueden nacionalizar lo que quieran en Chile;

ése es su derecho soberano". Ellos contestaron: "Bueno, no debería haber ningún problema". Añadió: "Sí, habría un problema, a mi juicio, y ése sería que ustedes quisieran imponer su voluntad a Estados Unidos". "Oh no", dijeron, "nunca. No somos así de estúpidos y arrogantes". (Pero lo hicieron.) Y estaban muy contentos de que yo hubiera adoptado esa posición... Éstos eran dirigentes del Partido Demócrata Cristiano que después se pasaron a la Unidad Popular.

En cuanto a [Radomiro] Tomic, me asombraba. Aunque ya falleció, yo diría que era un "desorientado" [en castellano]. En Washington, antes de que yo viniera a Chile, me dijo, no una sino muchas veces, que él era el único hombre que podría llevar a acabo la conciliación entre Estados Unidos, la Unión Soviética y el Tercer Mundo: el mundo comunitario. Me pareció que no había nada que hacer, absolutamente nada que hacer. Dicho sea de paso, fue Frei quien describió a Tomic como un "desorientado" durante la campaña presidencial de 1970, como señalé en la conferencia.

Cerca de un año antes de las elecciones de 1970 le pregunté al Presidente Frei qué pensaba acerca de esta situación. Fue una de las pocas veces que le hice una pregunta política acerca de la vida interna del Partido Demócrata Cristiano, ya que no era asunto mío. Me contestó que estaba extremadamente preocupado por su sucesor.

—*Lo que usted dice, embajador, refuerza la impresión de que la embajada de Estados Unidos era más impotente de lo que uno pensaría, a pesar de que, a la vez, era una llave para llegar a toda la sociedad. Se ha comentado que su antecesor, Ralph Dungan, le entregó el nombre de "15 chilenos influyentes" por medio de los cuales usted podría canalizar fondos.*

—Eso no lo puedo asegurar. En cuanto a la primera parte de su pregunta, si la CIA hubiese sido tan poderosa, ¿piensan ustedes que habríamos permitido que un "desorientado" [en castellano] fuera el candidato de un partido en el cual los Kennedy habían invertido tanto dinero?

—*¿Cómo se explica, entonces, la denuncia de intervención de la CIA que contiene el informe de la Comisión Church?*

—Se trata de la manera tonta en que mi país abordó todo este asunto por razones muy complejas y sofisticadas que no tienen nada que ver con ustedes, con la CIA, con Chile o conmigo, sino con un problema real de Estados Unidos: las desgracias nacionales, como Vietnam y Watergate, de las que algunos políticos norteamericanos eran responsables y por las que deberían dar cuenta. Chile fue simplemente un medio por el cual ellos resolvieron problemas importantes en Estados Unidos, montando un gran espectáculo.

Y ésa fue mi reacción al comienzo. No se trataba de que yo estuviese presionado o herido. Yo me levanté —es cosa de examinar los documentos— en defensa de Chile. Me parecía que esto [el veredicto de la Comisión Church] era una prueba viviente de que cuando los elefantes pisotean el pasto, es el hombre humilde el afectado, es el animal pequeño el afectado, y estos elefantes continúan hoy pisoteándose unos a otros. Ya sean republicanos o demócratas, estos elefantes no tienen consideración por nadie. Ellos creían, y aún creen, que el centro del universo, como solían pensar los chinos, está en Washington DC. Miren, Estados Unidos tiene dos pequeñas conexiones con el mundo externo: Nueva York y Cambridge (Massachusetts), que repentinamente despiertan cada año y se dicen a sí mismos: “Cada vez vota menos gente, las encuestas muestran que la opinión acerca de los políticos, de los periodistas, empeora día a día, y hay gran disparidad en lo que los norteamericanos piensan del gobierno federal. Y ésta [las operaciones encubiertas de la CIA en Chile] es una de esas pequeñas contribuciones al abismo que existe entre el pueblo norteamericano y su gobierno”.

—*A raíz de la reunión de ministros de relaciones exteriores de América Latina en Viña del Mar en 1969, cuyo objetivo era mostrar una posición unida ante la nueva administración Nixon, se le encargó al canciller Gabriel Valdés efectuar la presentación en la Casa Blanca. Se dice que Nixon quedó furioso con los planteamientos de Valdés y que le pidió a Kissinger que le dijera al embajador de Chile que todo lo que pasaba al sur de los Pirineos no tenía mayor importancia para el mundo. ¿Qué hay de eso?*

—[En castellano] Es más o menos la verdad.

—*Quisiera insistir acerca de la reacción de Nixon y de Kissinger ante la presentación de Valdés, que se suponía era una posición común de América Latina ante la nueva administración en Washington.*

—No es ningún secreto que Gabriel Valdés me disgustaba intensamente. ¿Por qué? Primero, mientras yo aguardaba partir a Chile, Valdés dio una entrevista a *Le Monde* alabando el neutralismo y diciendo que Chile se debería mover en esa dirección. Dungan había intentado presionar una y otra vez a Frei para que hiciera algo con respecto a Gabriel Valdés. Segundo, todo lo que Valdés le decía a Dungan que iba a hacer con respecto a China, a China comunista, era siempre lo contrario de lo que después hacía. Había muchos ejemplos como éstos.

Así como Nixon tachó a Frei como posible visita a la Casa Blanca, para indicar la nueva política que Estados Unidos seguiría en Chile, en mi primera semana, al hacer mi turno de visitas obligadas, taché dos nombres.

Uno fue Gabriel Valdés, nunca le hice una visita formal. Y, segundo, taché el nombre del arzobispo de Santiago, el cardenal [Raúl Silva Henríquez]. ¿Por qué? Porque pensaba que en una base de Estado-Estado mis relaciones debían ser con el nuncio apostólico, y que una visita formal al cardenal indicaría que las relaciones partido-partido tendrían prioridad. Así procedí.

Hice todas estas cosas para dar una señal callada —sin usar a la prensa— de que había un cambio de estilo y de dirección. Si la gente captó el mensaje o no, nunca lo supe; pero al menos ésa era la intención. No se trataba de algo personal sino táctico. Teníamos muy pocos contactos de gobierno a gobierno. Yo gozaba mucho mis contactos con los ministros, en un nivel tanto profesional como personal, pero no los veía muy seguido, a menos que fuera en una situación explicable, como en las negociaciones entre la Anaconda y el gobierno chileno en 1969.

—¿Y eso es válido también para el Presidente Frei?

—“Igualmente” [en castellano]. Fue un gran amigo. Una vez vino a mi casa y en otra oportunidad fui a la casa de alguien y él estaba como invitado. Fueron las dos únicas veces que comimos juntos. Viajé con él al cerro Tololo, como señalé antes. Lo veía dos o tres veces al año. Naturalmente, estuvimos juntos en recepciones y eventos de tipo oficial a los que iban los embajadores.

Había una buena relación, una cálida relación personal. La forma como normalmente operaba consistía en que yo le mandaba cada dos o tres meses un libro de historia que yo había leído y que me había gustado, y que creía que también le iba a gustar, y le añadía una nota. Le gustaron todos. Así establecimos una relación. No hay que olvidar que en todo el mundo la gente se hace de buenos amigos simplemente al intercambiar este tipo de cosas. Uno no necesita verlos ni hablar con ellos, pero un libro transmite un buen mensaje.

—*Usted ha dicho que la “nacionalización pactada” del cobre en 1969 fue un éxito. La impresión que hay, al estudiar el asunto, es que las compañías se vieron obligadas a concurrir en el acuerdo, porque a su vez el gobierno chileno estaba políticamente obligado a efectuar una nacionalización.*

—No. No. Lo explicaré desde sus orígenes. A comienzos de 1968 me entrevisté con el ejecutivo máximo de la Anaconda en Chile, Richard Sims. Esto era poco después de que se había firmado finalmente un acuerdo —el cual se había negociado años antes [“chilenización”, de 1965]— y se iba a invertir en la expansión de Chuquicamata y otras minas. Le expresé que llevaba sólo cuatro meses en Chile, pero que creía que el acuerdo que se acababa de firmar no tenía valor. Le dije: “Nunca se cumplirá, nunca se

pagará nada de lo estipulado; mi consejo es que usted le ofrezca al gobierno chileno el 51%, en lo que yo llamaría una lenta vuelta a la llave". Pensó que yo estaba totalmente "desorientado" [en castellano], pero obtuve su promesa de que lo discutiría con la Anaconda en Nueva York.

Ahora reconozco, como Raúl Sáez lo criticó amargamente en 1969, que al actuar así yo había sacrificado principios esenciales tales como creer en el contrato pactado y creer en la superioridad de la empresa privada sobre la empresa estatal. La crítica era por lo demás justificada. Pero había que pensar en otros problemas, como los de una situación política terrible y unas Fuerzas Armadas que no podían conseguir el equipamiento que necesitaban debido al bajo precio que había tenido el cobre entre 1964 y 1967, como también debido a la política expresa de Dungan de que Chile disminuyera su gasto militar y se centrara en las metas sociales y económicas. Por consiguiente, en mi opinión, la única posibilidad estaba en un nuevo acuerdo en torno al cobre, lo que, por lo demás, yo consideraba inevitable. Cuando la guerra de Vietnam motivó un alza en el precio del cobre y el Congreso comenzó a decir que había que "nacionalizar ahora", etc., el gobierno chileno sólo hizo lo que cualquier gobierno podía hacer, intentar satisfacer lo que parecía ser una demanda justa con los recursos naturales propios.

Sims volvió después de varias visitas a Estados Unidos. Conversé mucho con él. En una conversación con el Presidente Frei aproveché la oportunidad para decirle: "Bueno, será muy difícil evitar la nacionalización y prefiero anticipar los problemas. ¿Por qué no tratamos, usted trata, de anticiparlos?" Las negociaciones del gobierno del Presidente Frei y las compañías del cobre —la Anaconda en primer lugar— comenzaron varios meses después. En efecto, se iniciaron cuando el Congreso chileno exigió que se llegara a un nuevo acuerdo sobre el cobre, cuando la guerra en Vietnam había hecho subir el precio del cobre y a medida que se acercaban las elecciones. No presionamos de ninguna manera. Fue el gobierno chileno el que presionó a la Anaconda con el apoyo de *todos* los partidos políticos chilenos de entonces. Lo que nosotros hicimos fue ayudar en las negociaciones entre la Anaconda y el gobierno. De hecho, había llegado un punto en que la Anaconda comenzó a insultar a los negociadores chilenos, al gobierno de Chile y a todo el mundo, no sólo en forma privada sino también públicamente. Y viceversa. Entonces pensé que alguien debía intervenir y tratar de salvar la situación antes de que fuesen expulsados de aquí.

Dicho sea de paso, las compañías eran asesoradas por chilenos que les decían que había que asumir una posición dura. Por esto, nunca fueron

forzadas por nadie. Ellas mismas llegaron a la conclusión de que negociar con el gobierno chileno—y para ello hicieron un análisis regresivo— les permitiría alcanzar una posición mucho mejor que la que obtendrían si tuvieran que encarar una nacionalización inevitable.

Así, desde el punto de vista de las compañías, se trataba de una medicina amarga: sacrificar ganancias extraordinarias que se debían a la guerra de Vietnam. Pero era aceptable. Las compañías estaban muy satisfechas con el acuerdo de 1969⁴. Después, cuando fueron nacionalizadas por Allende y la Unidad Popular, sencillamente cobraron los seguros al gobierno norteamericano. Yo fui el único testigo por parte del gobierno de Estados Unidos. El gobierno norteamericano fue defendido por un abogado joven que manejaba el primer caso de su carrera. Los abogados de la Anaconda eran todos líderes del Partido Demócrata, tres de los más importantes demócratas de Washington, entre ellos Strauss, que llegó a ser jefe de gabinete (*chef de cabinet*) del Presidente Carter, y Gerald Smith. Y el gobierno norteamericano perdió.

—¿Cuál fue el cambio principal que usted llevó a cabo al transformar las relaciones de Estado-partido en Estado-Estado?

—Mejor dicho, les puse fin a las relaciones partido-partido, porque ése era el tipo de relación que había antes de que yo llegara. Por eso es que después embromé al senador Church diciéndole que si él había votado para proporcionar millones y millones de dólares del dinero público norteamericano a Chile a través de los años, ¿cómo podía enojarse y decir que no sabía nada de lo que sucedía? Era ridículo. Ésta era la razón por la que él no quería que yo diera mi testimonio en la Comisión del Senado norteamericano, que él presidía, sobre las operaciones encubiertas de la CIA en Chile.

...A propósito, desearía señalar algo interesante acerca de la manera de operar de la Comisión Church. La primera vez que se me menciona en el Informe Church es cuando se dice que el Comité 303 —más adelante llamado el Comité 40⁵— tomó la decisión, en septiembre de 1967, de dar dinero a Chile para un asunto. En septiembre de 1967 yo no estaba siquiera en Chile, no había escuchado nunca hablar del Comité 303, no sabía que existía. En septiembre yo estaba en Etiopía. Llegué aquí el 12 de octubre de

⁴ Se refiere a la “nacionalización pactada”, mediante la cual el gobierno chileno compró el 51% de las dos subsidiarias de la Anaconda, entre ellas la famosa Chuquicamata, en pagarés de largo plazo, con un acuerdo para el resto. Este convenio fue criticado por la izquierda, la que, una vez en el poder, procedería a la nacionalización de 1971. [N. del E.]

⁵ Entidad del Poder Ejecutivo del gobierno norteamericano, dependiente del gabinete, encargada de revisar las propuestas de las principales operaciones encubiertas. Anteriormente se había llamado Comité 303. [N. del E.]

1967. Pero si usted lee el Informe Church, verá que ahí se dice que yo fui responsable de una acción que fue decidida por la comunidad de inteligencia en relación con Chile. Pero yo nunca había escuchado nada acerca del Comité 303.

—*Durante los últimos años de 1960 el financiamiento norteamericano a los actores políticos chilenos fue menor que en 1962-1964, pero existió de todas maneras para las elecciones parlamentarias de 1969. Usted sabía eso.*

—Una de las grandes mentiras que contiene el Informe de la Comisión Church, para cualquiera que lo examine, es que da por sinónimos la asignación y el gasto de recursos. Cualquiera que entienda cómo funciona un parlamento democrático en cualquier parte del mundo sabe que la asignación es el comienzo de un proceso; la aprobación del gasto en otro comité es el final de proceso. Eso, al menos, lo sabe cualquier norteamericano que se interesa algo por la política. El Informe de la Comisión Church dice que se autorizaron 350.000 dólares para las elecciones de 1969. Pero ¿cómo fue que se gastaron menos de 200.000 dólares? Yo mandé a un funcionario joven de la embajada a negociar con la CIA, en Washington, una lista nueva, porque la CIA estaba rehaciendo la lista para incluir una nueva serie de gastos. De manera que finalmente se actuó con un tercio de los 350.000, con un tercio de los gastos.

¿Por qué procedimos así en la embajada? Porque si no lo hubiéramos hecho, el Congreso, en manos de los demócratas, habría estado sobre mí en dos segundos, acusándome de revertir la política de los Kennedy. Así, reduciendo una parte, hicimos el daño mínimo. Pero nuestra acción no estuvo dirigida contra ningún partido en particular. De los 350 mil dólares, 50 mil se gastaron en diversos candidatos y 100 mil fueron gastados por la CIA en una campaña anticomunista.

El dinero fue a diferentes partidos, no a muchos, y si tuvo algún efecto nunca lo sabremos. Algunos candidatos a los que apoyamos fueron electos; algunos a quienes nos oponíamos no fueron electos. El total empleado fue mínimo, porque con 50 mil dólares repartidos entre unas cuantas personas, el efecto no puede ser muy grande, incluso en un país como éste. Es más, ningún candidato supo que lo obtenía. Fue repartido a través de todo tipo de personas.

—*Hoy día, hace 27 años, ocurrió el “Tacnazo”, la manifestación militar del general Viaux⁶. Desde días antes se veía venir algo. ¿Siguió usted de cerca los acontecimientos?*

⁶ Como la entrevista se efectuó en 1996, se habla de 27 años atrás. [N. del E.]

—No. No le dábamos mucha atención a estos asuntos; me pareció algo de poca dimensión. Sospechábamos que el Partido Socialista tenía algo que ver con la intranquilidad; teníamos evidencia de que trataban de provocar inquietud entre los militares. Pero habría que preguntarles a Henry Hecksher y al coronel Wimert, que sabían más al respecto. Pero no podíamos prestarle más atención a este asunto, como si fuera una cosa importante.

—¿Están vivos Hecksher y Wimert?

—Hecksher está muerto. No sé lo que ha sido de Wimert. Usted sabrá que Wimert vino para acá a ver a Pinochet; también vino durante los años de Allende, me parece. Era muy cercano al general Vernon Walters, aunque no se trataba de una persona intelectual ni políticamente sensible. Walters, que en un momento llegó a ser, en la práctica, director de la CIA, fue embajador en Alemania, y por hablar once idiomas fue el traductor de Eisenhower, de Nixon, de todo el mundo. Creo que el general Walters ha estado en Chile...

—*Por medio del Informe de la Comisión Church sabemos, al menos, lo que gastaron para las elecciones de 1970 los cubanos: 350 mil dólares. Y otra cantidad habrían proporcionado los soviéticos...*

—No lo sé. Los soviéticos, tal como nosotros, tenían muchas maneras de hacerlo. No eran estúpidos.

—*En cuanto a la elección presidencial de 1970, se sabe que el Departamento de Estado no quería intervenir porque no le tenía simpatía a Alessandri. Por otra parte, según el Informe de la Comisión Church, la CIA, por decisión del Comité 40 que asesoraba a la Casa Blanca y al cual pertenecía Kissinger, decidió mandar fondos a Chile, 425 mil dólares. Pero estos recursos estaban destinados a efectuar meramente una campaña antimarxista, y no en favor de Alessandri. Usted, embajador, pensaba que esta candidatura podía perder. Además, usted veía la campaña anticomunista como algo muy torpe. ¿Qué hay de eso?*

—En 1970 el gasto total de la CIA fue de 125 mil dólares, de los cuales 90 mil fueron para propaganda, muy mala propaganda, y 35 mil dólares para provocar divisiones al interior de la Unidad Popular. Esto significa que había gente dentro de la Unidad Popular que sólo lo era formalmente, pero que de hecho no eran sus partidarios. Debo decirles que esto no es poco común en el mundo.

—¿Nos puede decir algo más acerca de esto?

—Puedo señalarle, para que entienda el problema, que cuando dejé Etiopía sugerí a la CIA que ciertos etíopes serían muy útiles “a largo plazo” [en castellano]. No teníamos interés en que pasara nada dentro del gobierno

etíope en los cinco años que estuve allí. Pero uno nunca sabe lo que puede suceder en esa parte del mundo, porque los rusos la querían. Eso era en 1966/1967. Años después, la mejor información que Estados Unidos tenía sobre Corea del Norte venía de Etiopía. Y años después, cuando los soviéticos se tomaron Etiopía, uno de sus generales de mayor jerarquía en la fuerza aérea fue nuestra mejor fuente de información acerca de lo que hacían en Etiopía los cubanos y los soviéticos. Ahora está muerto; lo mataron, pero alcanzó a sacar a su familia.

Esas cosas toman mucho tiempo. Los rusos las hacían, nosotros las hacíamos. Era parte del juego que se desarrollaba. Gente como ésta puede permanecer oculta por diez, doce, quince, veinte años, no se sabe. Los soviéticos tenían muchos de ellos en los Estados Unidos.

Volviendo a su pregunta sobre la candidatura de Alessandri: en 1970 hablé dos o tres veces con Jorge Alessandri. Vino a mi casa sin anunciar su visita. Fue detenido en la puerta por un carabinero, el único que había delante de la entrada, que anunció que abajo había alguien llamado Jorge Alessandri que quería hablar conmigo. Subió y me dijo que presentaría su candidatura a presidente, yo le agradecí que me lo contara antes de anunciarlo en público. No me pidió nada. Conversamos un rato y luego se fue.

Después de hablar dos veces con él, después de entrevistarme con su equipo de campaña, después de leer el programa económico que él había aprobado, concluí que Estados Unidos haría una locura si apoyaba esta campaña, porque no representaba nada para el futuro. Todo miraba hacia el pasado. No tenía ninguna duda de que Alessandri no entendía la naturaleza de la Unidad Popular ni cuál era su intención. Él pensaba que se trataba de algo similar a los viejos tiempos y que podía encararse como siempre se había hecho. Yo pensaba que no era así, que éste no era el mismo caso.

Todo esto es muy arrogante de mi parte. Pero yo sólo les estoy contando cuál era el trabajo por el que a mí se me pagaba. A mí no se me pagaba para que me preocupara de Chile. A mí se me pagaba para que me preocupara de los intereses de Estados Unidos.

Hay otra cosa. Despaché un cable a Kissinger y a Nixon, después que un gran número de empresarios [norteamericanos] nos pidieron que apoyáramos a Alessandri. No olviden que allá arriba había una administración republicana, y estos empresarios que venían a verme la representaban en cierto modo. Envié un cable a Washington, que puede ser considerado como una defensa de la democracia, en el que sostuve que no debíamos ayudar a gente que tenía mucho dinero y que no necesitaba dinero norteamericano, porque la candidatura de Alessandri estaba apoyada por gente

que tenía vastos recursos que podían emplear en las cantidades que quisieran. Dije, en el cable, que el propósito real de lo que se me estaba pidiendo era comprometer a Estados Unidos con un gobierno, y comprometerlo por tanto a mantener ese gobierno con vida durante seis años.

Nadie podía asumir ese tipo de compromiso, porque en Washington no tendríamos ninguna intención de cumplirlo. Se trataría de una falsa promesa con una finalidad falsa, lo que nadie podía, inteligentemente, apoyar. Recibí una gran cantidad de denuestos de parte de las empresas norteamericanas por ese cable, porque obtuvieron copias del mismo apenas lo envié. No hacía ninguna diferencia cuán secretos eran los mensajes, a ellos inmediatamente se les informaba, al igual como —debo añadir— Dungan le contaba de inmediato al embajador Santa María sobre mis cables. ¡Imagínense!

De modo que es absurda la idea de que tendríamos un potencial para cambiar las cosas. Mi interés como embajador norteamericano era proteger a los ciudadanos de los Estados Unidos y a su propiedad lo mejor posible, conforme al sistema jurídico de los Estados Unidos. Ésa era mi prioridad y para lo que el contribuyente norteamericano me pagaba. El contribuyente no me pagaba para apoyar los intereses políticos de nadie en los Estados Unidos.

—*Una de las cosas que nos sorprendía de la campaña presidencial de 1970 era la torpeza de la propaganda anticomunista, y usted lo ha confirmado. Por otro lado, evidentemente era una operación muy importante para la CIA.*

—Bien. En general, los embajadores deben ser informados de las operaciones que está realizando la agencia, en este caso, de la propaganda. Llamé al encargado [Henry Heckshner] y le dije: “Mire, vi esto mismo cuando estuve como periodista en Italia en 1948. ¿Usted cree que el tiempo se ha detenido? ¡Esto no puede ser!” Él contestó que era aconsejado por las mejores cabezas en Chile, todos chilenos, que pensaban que era lo más efectivo. Mandé un mensaje a Washington en que decía que la propaganda era espantosa; pero él [Heckshner] insistió, señalándome que no era su idea, sino que seguía lo que le aconsejaban los chilenos. Le repliqué que tenía la corazonada de que podía ser alguno de los chilenos a los que les había dicho “no hay más dinero”. Pero uno nunca llega a esos detalles, porque siempre hay la posibilidad de que un embajador sea secuestrado, como sucedió en Brasil mientras yo estaba aquí. Por eso jamás pregunté nada, y se supone que uno nunca lo hace.

—*¿Les señaló usted estas cosas a la gente de la campaña de Alessandri? ¿Qué opinaban ellos? ¿Cómo veían ellos hasta antes del 4 de*

septiembre de 1970 la fortaleza o debilidad de la campaña de Alessandri? ¿Qué esperaban de usted?

—Dije, dos semanas antes de la elección, que nunca había visto en ninguna parte una campaña tan espantosa como ésta. Opinaba que la gente de la CIA que había ayudado a crear la “campaña del terror” debía ser alejada de inmediato por no entender a Chile ni a los chilenos. Se lo dije a la CIA. Era el tipo de cosas que había visto en Italia en 1948 y que habían resultado exitosas, pero que no se podían copiar sin más en el Chile de 1970. Quiero decir, el mundo gira continuamente, la gente no permanece en una inercia sin fin. Era estúpido, y lo dije; y eso no me hizo muy popular. De todas maneras, me sorprendió la cantidad de votos que obtuvo Alessandri.

Yo estaba consciente del enorme atractivo que tenía en el país la figura paternal de Alessandri. Y a pesar del odio que había hacia los demócratas cristianos, predijimos que Tomic lograría el 27% de los votos, que fue aproximadamente lo que obtuvo. Yo estaba atónito por la exactitud de la predicción. Había un gran odio entre, por un lado, los nacionales-liberales, a los que habría que agregar algunos “radicales”, y por otro lado los demócratas cristianos. Esto fue algo que entendí el primer mes que estuve acá, lo que me produjo una gran desazón y me llevó a la conclusión de que no podía haber una dinastía demócrata cristiana. Teníamos, entonces, un gran problema debido a los compromisos de los Kennedy con el partido [Demócrata Cristiano]. No iba a funcionar; teníamos un problema terrible.

...Dicho sea de paso, a los embajadores norteamericanos se les pagaba —no sé si continúa siendo así, era así entonces— para que otras preocupaciones no llegasen a desviar la atención del Presidente de Estados Unidos de los asuntos de Rusia, de Europa, de Asia, del Medio Oriente y de los asuntos de política interna. Todo el resto no debía perturbar al presidente o a sus consejeros, a menos que se tratara de algo sumamente importante. No era posible que sucediera lo que me preguntaba el Presidente Frei: “¿Cómo manejan todo este asunto? El Presidente de Estados Unidos tiene demasiadas cosas que hacer, ¿cómo las hace?” Le respondí: “No las hace”.

—Entonces, ¿ni Alessandri ni Tomic obtuvieron dinero de Estados Unidos en la campaña de 1970?

—Ni un centavo.

—*¿Todo el dinero era para el anticomunismo?*

—Para la “campaña del terror”.

—Alessandri no obtuvo dinero del gobierno norteamericano, pero sí lo recibió de sectores privados norteamericanos...

—Es cierto, recibió dinero de compañías como la ITT, por ejemplo...

Ahora, el asunto era bastante complicado en este caso. Algunas cosas, en verdad, son más apropiadas para John Le Carré que para un embajador de Estados Unidos. A comienzos de 1968 supe que un joven y ambicioso norteamericano, cuyo nombre era Peter Jones, estaba aquí como empleado de la Grace, para vender los activos que tenía la compañía en Chile.

Posteriormente Jones fue trasladado a la ITT en Argentina en 1970. Entonces recibí una carta de él en la que me sugería que cierto hombre que había estado envuelto en 1964 con empresarios chilenos debería volver —según sus palabras— para que [me] “ayudara en la situación de 1970”. Dije que no, que no lo quería. Después supe que llegó este latinoamericano con conexiones con la CIA. No quiso verme.

Después vinieron dos representantes de la ITT, Barellez y Hendrix, que estaban recomendados por nuestro Departamento de Estado. Uno de ellos había trabajado conmigo en la agencia de noticias AP, al otro no lo conocía, aunque quizás me lo haya topado alguna vez. Les dije: “Este hombre de ustedes en Buenos Aires [Peter Jones] está tratando de intervenir en las elecciones. No lo quiero”. Yo no sabía que Barellez y Hendrix querían que Jones fuera alejado de la compañía. Enviaron un mensaje a su compañía señalando que yo había sido informado acerca de Jones. Éste me escribió, pidiendo que “quemara la carta”. Dije que ellos ya lo habían hecho, pero la guardé. Llamé a los hombres de la ITT y les dije: “No los quiero ver más en esta embajada, porque no puedo confiar en ustedes como seres humanos normales. Cuando les hablé sobre esto, les dije que no informaran a la compañía. No quiero arruinar la carrera de nadie. Sólo pretendía que Jones no estuviera aquí, y quería que ustedes se lo dijeran”.

Por eso, cuando ustedes leen los cables de la ITT, verán que al comienzo eran muy favorables hacia mí. Pero luego llegarían a decir cosas muy terribles, y aquí le explico el motivo: los eché de la embajada y di instrucciones a todo el mundo de que no quería tener nada más que ver con ellos. De modo que no se trataba de un asunto de alta política gubernamental, sino de Peter Jones, que era muy conocido en círculos empresariales chilenos.

—*Se dice que todo el problema antes y después del 4 de septiembre de 1970 se habría debido a que Washington no lo escuchó a usted. Era la campaña de Track II, la idea de incentivar a oficiales de las Fuerzas Armadas para que impidieran, por vías semiconstitucionales o inconstitucionales, la asunción de Allende al poder. Fue llevada a cabo por Henry Hecksher, el jefe de la CIA en Santiago, quien también habría distribuido el dinero de la campaña. ¿Hablaba usted de esto con el Presidente Nixon?*

Usted ha sostenido después que Track II se hizo a sus espaldas —como lo ha repetido hace poco rato—, lo que sugiere que fue una instrucción de Richard Nixon.

—Nixon estaba seguro de que yo iría donde el Presidente Frei, le sacudiría el brazo y le diría: “Usted debe mandar a los militares, o tiene que hacer algo con Jorge Alessandri y arreglar este proceso [constitucional] complicado”. No me preocupé de si pensaba que yo lo haría o no; de hecho, por medio de los cables lo reforcé en la creencia de que lo haría. Cuando descubrió que no lo había hecho se puso furioso, y ya el juego estaba muy avanzado. El asunto era que yo había dicho repetidamente que el Presidente Frei era el único responsable. Nadie más.

Cuando los militares, los generales, por medio del agregado militar, coronel Wimert, me enviaron un mensaje oral, preguntándome qué es lo que yo haría después del triunfo de Allende, que les dijera algo, yo les respondí con un solo párrafo escrito, con instrucciones a Wimert de que se los leyera y no se los dejara. Dije: “Nosotros, como ustedes, creemos en la democracia, y por ello creemos que ustedes deben seguir a su líder constitucional”.

En Washington descubrieron lo que había sucedido, porque Wimert, como agregado militar, trabajaba muy de cerca con la CIA, y se los contó, lo que era muy natural. La CIA se dio cuenta de que yo no iba a hacer lo que les había dicho que haría, y hubo una explosión. Cuando Henry Hecker comenzó a gritarme lo detuve en seco y le dije: “Tiene 24 horas ya sea para entender que yo lo mando a usted, o para dejar el país”. Como yo había echado al jefe de estación de la CIA en Etiopía, él sabía de lo que yo era capaz.

Lo que hizo entonces fue ocultarme las cosas, pero al hacerlo despertó mis sospechas, porque yo sabía que no me estaban contando las cosas que debía saber. Entonces le informé al gobierno de Frei que Arturo Marshall y otros del movimiento Patria y Libertad estaban complotando contra la vida de Allende. Lo supe también por chilenos que estaban vinculados con empresas norteamericanas y cuyos hijos estaban en Patria y Libertad. Entonces les dije a todos: “Les diré a las empresas norteamericanas que ustedes están comprometidos en esto; que están dejando que sus hijos hagan esto, así que deben abandonar inmediatamente este asunto”.

Yo estaba muy preocupado de que se fuera a atentar contra la vida de Allende. Me preocupaba proteger a Estados Unidos de las repercusiones que podía acarrear. ¿A quién se culparía? ¿Piensan ustedes que el gran Partido Comunista de Corvalán culparía a un chileno por este acto?

—¿Usted no conversó con el Presidente Frei en septiembre u octubre de 1970 sobre Track I, sobre la idea de elegir a Alessandri en el Congreso Pleno, para que después éste renunciara y hubiera una nueva elección a dos bandas?

—No, no.

—Porque todos los informes de la Comisión Church coinciden en que hubo conversaciones entre la embajada de Estados Unidos y el Presidente Frei...

—No hubo ni una sola palabra.

—¿Es falso, entonces?

—La única vez que el Presidente Frei se refirió a la elección fue en su casa de descanso en Viña del Mar. Repentinamente recibí una llamada telefónica de su parte, diciéndome que quería tener una reunión con John Richardson, Secretario de Estado Adjunto para asuntos educacionales y culturales, que asistía a una reunión de la OEA, o un tipo de evento como éste, en Valparaíso. Llegué después que los dos ya llevaban reunidos unos 15 minutos. Tomé apuntes de toda la reunión. Entonces fue cuando el Presidente Frei le pidió al señor Richardson, que volvía a Washington: “¿Puede usted transmitir un mensaje personal al Presidente Nixon?” Richardson dijo que sí, que lo podía hacer. Y vino el mensaje: “Las probabilidades son de cincuenta a uno de que la presidencia de Allende significará en Chile un gobierno como el que hay en Cuba”. Yo estaba traduciendo, créanme o no, para el señor Richardson, e intervine al instante: “¿Usted, por medio de este mensaje, está solicitando a Estados Unidos algún tipo de acción?” Porque era como hacer señales con una bandera roja.

Y escribí en mi cable a Washington que el Presidente Frei, al enviar este mensaje, quería que nosotros tomáramos esa decisión, y que yo estaba ciento por ciento en contra de ello. Por eso le pregunté al Presidente Frei, y así lo puse en el cable: “¿Quiere usted que Estados Unidos haga algo específico?” Respondió: “No, nada, excepto propaganda”. Mandé el cable a Washington resumiendo toda la conversación, dirigiéndolo a Nixon, a Kissinger y a todos los demás. Así fueron las cosas. Entonces la Casa Blanca y Kissinger decidieron usar a la CIA y proseguir con una intriga de tipo caribena.

—Una vez que ganó Allende la elección, entonces, usted pensaba que la persona responsable de tomar las decisiones debía ser el Presidente Frei, y que Estados Unidos debía hacerlo responsable a él...

—Correcto.

—Usted mencionó recién que también tenía contacto con los militares.

—Contactos no precisamente. Como les dije, el agregado militar, el coronel Wimert, me vino a ver para decirme que algunos militares chilenos, en su condición de defensores de la democracia, querían preguntarme cuál era el mensaje que Estados Unidos les enviaba. Schlaudeman y yo redactamos un párrafo muy cuidadosamente, en el cual se decía que nosotros éramos decididos defensores de la democracia, y añadíamos que los militares profesionales debían seguir y obedecer a su líder constitucional.

Hubo otra cosa interesante, el famoso “no les daremos nada” (“*nuts and bolts*”). Un ministro chileno, actuando con plena autoridad del Presidente Frei, vino a discutir la situación conmigo. Me dijo que quería poder decirles a los militares que no obtendrían ni un tornillo si Allende era electo. Quería que yo le confirmara de que así sería, para poder decírselo a ellos. Le respondí: “Sí, porque yo pienso que no habrá ni un tornillo”. Así fue como pasó.

—¿Dijo usted en esa época [septiembre de 1970] que los militares chilenos eran incapaces de dar un golpe?

—Dije que eran...

—...soldaditos de juguete.

—Correcto. Estaba tratando de persuadir a la Casa Blanca de Nixon de que no se dejara envolver en este asunto... Y uno se desespera por encontrar el tipo de argumento adecuado para disuadir a alguien de autoinfligirse una herida estúpida.

—¿Escuchó el rumor, que no fue más que eso, pero que se repetía insistentemente, de que el Presidente Frei quería ser derrocado para, de ese modo, poder reelegirse más adelante?

—Escuché ese rumor. Pero no existe ninguna base para afirmarlo. Por supuesto, él nunca me lo insinuó.

—En esos días [septiembre de 1970] usted estaba de acuerdo con el jefe de la estación de la CIA en Santiago [Hecksher], porque él informaba a Washington que era imposible organizar un golpe.

—Correcto... Me parece que en la época de las investigaciones de la Comisión Church, en todo caso después de la caída de Allende —no recuerdo la fecha exacta—, fui a la CIA para obtener información sobre lo que realmente había pasado en Chile, porque yo podría haber jurado que había detenido los intentos de golpe. Fui entonces a la oficina de Colby, al que nunca había visto antes, y quien sólo me había escrito una carta en la época de las investigaciones del Congreso de Estados Unidos acerca de la ITT [1972-1973], en la que decía que yo me encontraba bajo *executive privilege* y que no tenía, por lo tanto, que testificar. Cuando entré a la oficina, Colby estaba con el reemplazante de Hecksher, Ray Warren. Colby

me dijo entonces lo que ya Kissinger me había dicho, “que si hubiéramos gastado el dinero en Alessandri, esto no habría sucedido”. Respondí que “eso era absurdo, porque Alessandri tenía mucho dinero disponible y que ése no había sido el problema”. Warren añadió: “El embajador tiene razón; no tuvo nada que ver con dinero”.

Así se formó este mito, con Kissinger y Colby, de que todo esto se debía a que el Departamento de Estado había bloqueado el dinero para la campaña de Alessandri, un mito que tuvo mucha fuerza en niveles altos del gobierno [norteamericano]. Pero la verdad es que no tuvo nada que ver con dinero. La razón era, y en esto Hecksher concordaba completamente conmigo, que no había posibilidad de que los militares chilenos intervinieran, a menos que sobreviniera un grave quiebre del orden en Chile, o una grave crisis nacional, o que Frei le dijera a Schneider, “¡Hágalo!” Todo esto, lo decía yo constantemente, era muy improbable. Frei quería que nosotros asumiéramos la responsabilidad, y yo le habría respondido: “No, gracias. No asumo la responsabilidad por su país”.

—*¿Tiene usted todavía la impresión de que Frei quería que la embajada tomara la iniciativa?*

—Bueno, si usted es el presidente y manda llamar a Viña del Mar a un visitante como el Secretario de Estado Adjunto, y le dice: “Quiero enviarle un mensaje personal al Presidente de los Estados Unidos”, y el Presidente es Nixon, y el mensaje es que “hay probabilidades de cincuenta a uno de que Chile va a ser otra Cuba”, ¿cuál piensa usted que es el propósito del mensaje? Por esto yo repliqué de inmediato: “¿Está usted pidiendo que Estados Unidos emprenda alguna acción específica?” Después de una larga pausa, respondió: “No, nada excepto propaganda”.

Yo quería escribir en el cable que él decía “no”, ya que este cable iría al Pentágono, a la CIA, a la Casa Blanca, al Departamento de Estado y a muchos más; porque quería dejar testimonio en los archivos que él quería —como lo dije en otro cable— que nosotros hiciéramos el trabajo sucio. Ésa fue la expresión que usé.

—*¿Qué quiere usted decir con esto? Porque en esos días la idea era elegir a Alessandri en el Congreso y que después renunciara, por lo que se tendría que convocar a otras elecciones en las que Frei, se suponía, sería electo.*

—Correcto. Y yo dije: “No tengo problema con eso. Si los chilenos quieren hacerlo, está bien, estupendo”. Yo estaba por esa solución si así lo decidían los chilenos. Nosotros no lo haríamos. No quería que norteamericanos pagaran con sus vidas o con daños a su propiedad como resultado de que algo sucediera aquí. Porque si algo pasaba, ya sea lo de Schneider o cualquier otra cosa, se nos acusaría a nosotros.

—¿*Qué tipo de trabajo sucio cree usted que se hubiera propuesto alguien?*

—Exactamente el tipo de cosas —aunque no específicamente las mismas acciones— a las que la Casa Blanca de Nixon estaba acostumbrada.

—¿*Usted piensa que era el tipo de cosas que Frei quería que se hicieran?*

—No lo sé. Pero él no quería responsabilizarse de nada que llegase a pasar. Quería que otros se hicieran cargo del problema.

—*Cuando Kissinger tenía la impresión de que se debería haber gastado más dinero en la campaña de Alessandri, ¿quería también decir que Tomic debió haber recibido dinero?*

—No, no. Como ya lo dije, en la primera semana en la Casa Blanca Nixon tachó el nombre del Presidente Frei como visita oficial a Washington para ese año. Específicamente se le dijo al Secretario de Estado y al Secretario de Estado Adjunto que a la administración Nixon no le gustaban ni la Democracia Cristiana ni el Presidente Frei. Me encontré con esta noticia en una carta privada que me envió el funcionario del Departamento de Estado responsable de los asuntos chilenos y de otras partes, donde me decía que “esto ha sucedido, y usted debe estar consciente”. Me pidió quemar la carta.

—*En los meses de septiembre y octubre de 1970, ¿le dijo algo a usted el canciller Gabriel Valdés, le hizo alguna alusión?*

—Tal como lo informé en un cable oficial de 1970, él me había comentado en forma disgustada que Estados Unidos (“usted”) no estaba dando apoyo financiero a la Democracia Cristiana para la campaña presidencial.

—*Quisiera referirme ahora a un punto que siempre se menciona cuando se habla de las relaciones entre Chile y Estados Unidos en la época de Allende. Es el financiamiento a la oposición en la época de la Unidad Popular. Todas las fuentes coinciden en que el Comité 40 aprobó alrededor de seis y medio millones de dólares. Los primeros recursos se recibieron a fines de 1970. Usted alcanzó a estar como ocho o nueve meses en la embajada, cuando el programa comenzó a financiar a diarios y radios de la oposición, a los partidos de oposición y a algunos gremios, por medio de los partidos. Y se mantuvo la ayuda a las Fuerzas Armadas, lo que fue una señal de que Estados Unidos no quería romper con los militares.*

—En cuanto a los militares, no estaban en mi propuesta. Pero todos los demás, sí. Propuse, más bien urgí, apoyar todas las posibilidades que

contribuyeran a mantener con vida a la oposición durante el período de la Unidad Popular. Se trataba de ayudar a la radio, a la prensa —la televisión estaba de todos modos en las manos de Allende— y de apoyo político, de modo que pudiesen sobrevivir estos años. El Comité 40 siguió esta pauta.

—¿Cómo se decidió el reparto del dinero? ¿Usted conversaba con los chilenos sobre cuánto necesitaban, o era algo conducido independientemente por la CIA?

—Una decisión como ésta se toma enteramente en Washington. No tuve ninguna participación. Se suponía que yo dejaría el cargo en noviembre o diciembre de 1970 y mi sucesor —el embajador Davis— ya estaba seleccionado, por lo que en ningún caso habría sido consultado yo.

Sin embargo, me quedé un año más. Si se me mantuvo aquí hasta octubre de 1971, se debió a que el Departamento de Estado consideró que la negociación con la Cerro Corporation era un milagro⁷. Recuerdo que el Subsecretario de Estado subrogante me llamó por teléfono a mediados de 1971, por línea abierta (de modo que fue escuchado por la mitad de los comunistas y socialistas). “Ed —me dijo—, has hecho otro milagro, te felicito”. Respondí: “Por Dios, ésta es una línea abierta y no se ha firmado nada”. El Presidente Allende me había invitado a la firma del acuerdo, pero yo le dije que era un asunto “entre él y las compañías del cobre” (a pesar de que él me daba el mérito de la negociación). Luego, 15 minutos antes de la ceremonia, dijo que había tenido que cancelar la ceremonia por un pequeño problema en su “gallinero”. Informé entonces a Washington que el “gallo” era Altamirano.

En fin, me quedé un año más para sorpresa de mi sucesor, que estaba esperando venir. Y para sorpresa del Secretario de Estado, Rogers, que había decidido que yo era un hombre de Kissinger. Rogers mandó entonces a un embajador, John Jova, a inspeccionar. Éste recorrió Santiago en el invierno de 1970 diciendo que “el embajador va a ser echado, no le hago caso a lo que le diga”. La gente me llamaba y me preguntaba: “¿Usted sabe lo que está pasando?” ¡Y él estaba alojando en mi casa! No le dije nada. Pero mi esposa, que es muy irlandesa, lo confrontó y le lanzó todo. Yo estaba muy molesto con mi esposa por haber sido tan poco diplomática con él. Hova, sin embargo, le mandó un centenar de rosas al día siguiente.

Por esto, en todo caso, nadie me hubiera consultado acerca del dinero. Nadie. Pero yo sabía a quiénes había recomendado, aunque no las cantidades específicas. Pero no había que ser un genio para entender de qué

⁷ Era la única empresa cuprífera nacionalizada que, de acuerdo con la reforma constitucional, no tenía “rentabilidades excesivas” y que en 1971 recibió 18 millones de dólares en indemnización. [N. del E.]

se trataba todo esto: las sumas más grandes irían obviamente al diario más grande. Era un asunto vital, y estoy contento porque fue un buen programa.

—¿Tuvo reuniones periódicas con la gente del principal diario de Chile?

—No. Mis reuniones con cualquiera de *El Mercurio*, de cualquier nivel, eran muy raras.

—*En relación con el documento que usted nos entregó, “Fidelismo sin Fidel”, de agosto de 1970, se ve muy claro que usted se daba cuenta de lo débil que sería una oposición a un gobierno de Allende, y la estrategia que se debería seguir.*

—Una y otra vez le envié ese informe a Davis... En un comienzo me había resistido a despacharlo, debido a la atmósfera política en Washington. Me había dado cuenta, después de una visita que hice a Washington, de que mis cables eran compartidos con la embajada de Chile y con la oposición más violenta a la embajada de Chile. La clasificación con que se despachaban los documentos no hacía ninguna diferencia. Todos comentaban en Washington: “¿Sabe lo que [Korry] está diciendo...?” Por eso traté de retener ese informe lo más posible, ya que sabía los problemas que iban a suscitarse.

—*De los aproximadamente seis millones de dólares destinados por Estados Unidos para financiar a la oposición a Allende, un millón y medio fueron para El Mercurio; el resto se dividió entre los partidos políticos y los gremios, entre ellos los camioneros, que estaban en huelga. ¿Puede decirnos algo más? ¿Cuándo comenzó esta ayuda?*

—Cuando yo estaba aquí el dinero no iba a los camioneros. Le recuerdo lo que le dije: un embajador no quiere conocer los detalles. Además yo estaba en el primer lugar de la lista para ser asesinado; Edmundo Pérez Zujovic estaba en el segundo lugar. En América Latina los embajadores norteamericanos eran secuestrados con frecuencia. Por ello, lo último que yo quería saber eran los detalles de cada asunto.

Todo lo que hice fue insistir en que se debía mantener funcionando a *El Mercurio*, sin saber lo que costaría. Gente más entendida que yo tendría que tomar la decisión. Tenía que haber estaciones de radio, tenía que darse apoyo a los partidos políticos. Ésa fue toda mi intervención. No seguí el asunto ni nunca pregunté nada. No se me ocurrió.

—*La izquierda ha interpretado todo eso como una acción de desestabilización para provocar un golpe de Estado. Dicho sea de paso, ésta habría sido una política análoga a la que el gobierno norteamericano siguió en los años ochenta al financiar a la oposición democrática al gobierno militar.*

—No se trataba de eso. Hasta 1974, jamás escuché hablar de “desestabilización”. Bajo juramento, Harry Schlaudeman también dijo no haber oído la palabra .

Esta política estaba pensada para mantener con vida a un núcleo democrático, para que los chilenos tuviesen una oportunidad de escoger, como lo redacté en mi informe de contingencia “Fidelismo sin Fidel”⁸. No hicimos nada que no hubiésemos anticipado; con pequeños cambios aquí o allá, el nombre del juego era mantener viva a la democracia. Ahora, si alguien quiere decir que mantener con vida a una oposición democrática es desestabilización, que lo diga. Si insistían en que Allende era un demócrata, entonces, ¿por qué no permitir que existiera una oposición democrática?

Lo importante era qué estaba haciendo Allende para eliminar a la oposición democrática.

—*La palabra “desestabilización” fue usada por el representante Harrington en las audiencias de la Comisión Church...*

—¿Harrington? Pero Harrington era muy próximo a la familia Kennedy en Massachusetts.

—*Hay ciertos indicios en el Informe de la Comisión Church de que usted vio la posibilidad de llegar a un acuerdo con Allende...*

—Así como en 1968-1969 yo creía que el cobre era una vía muy importante para resolver nuestros problemas, para dar a Chile más independencia, para cambiar las relaciones, para proporcionarles a las Fuerzas Armadas el crédito que no podrían obtener de los Estados Unidos, del mismo modo yo creía que era posible llegar a un *modus vivendi* con Allende mediante el cobre. Lo que finalmente le ofrecí, después que no se había logrado firmar un acuerdo, fue elevar el grado de la propuesta. Cuando se los conté a los embajadores de Europa Occidental en una reunión, todos, excepto uno, dijeron “no la puede rechazar, la va aceptar”. El único que no participó de esa opinión fue el embajador francés, uno de los mejores diplomáticos de Francia, muy próximo a De Gaulle.

—*¿Por qué mantuvo Estados Unidos conversaciones con el gobierno de Allende, a pesar de la general animosidad que había?*

—Cuando uno está en una situación como ésta, la única alternativa es mantener las conversaciones como si el tiempo se hubiera detenido. Es lo mismo que pasa en cualquier tipo de negociaciones cuando se llega a una *impasse*. De joven yo había estado en ese tipo de situaciones. Si se está en una posición débil, uno no quiere cometer un suicidio y tampoco se quiere rendir. Se mantienen las conversaciones, y eso fue lo que hice entonces.

⁸ Véase el documento en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, *supra*. [N. del E.]

—Embajador, me gustaría que nos expresara francamente sus opiniones acerca de nuestro sistema político. Hemos afirmado siempre, quizás con cierta soberbia, que nuestros políticos no eran tan corruptos como en otras partes. ¿Cómo lo vio usted en la época en que estuvo aquí? ¿Iba a manos corruptas el dinero que el gobierno norteamericano entregaba?

—El sistema político norteamericano tampoco ha estado exento de eso, no más que otros países. Por eso hay que aclarar: ¿comparado con qué? Es como el asunto de su esposa, ¿comparada con quién?⁹ Usted sabe, una cosa es el asunto mirado desde un punto de vista utópico. En términos de las realidades prácticas, la respuesta es no. Usted debe entender que aquí estaban comprometidos profundos sentimientos ideológicos, y fondos para apoyar a esos profundos sentimientos ideológicos, ya sea anticomunistas o “comunitaristas” [en castellano] u otros. En el interior de la mente de un político eso no es un soborno, no es corrupción; se trata de una contribución a una causa justa.

—Me refiero a si el dinero iba a sus bolsillos.

—Estoy haciendo una distinción. Los peores casos de corrupción ocurrieron durante el gobierno de Allende, cuando se pagaron grandes cantidades a intermediarios de todo tipo. La mayoría de éstos no eran ni socialistas ni comunistas, sino que gente de la derecha y del centro que tomaron grandes sumas de dinero para poder sobornar y organizar la “salida” [en castellano] de ciertas empresas que fueron nacionalizadas, y que lograron irse de Chile con su dinero.

Ahora bien, yo estaba consciente de eso, como otros lo estaban aquí. No era algo que yo hubiera aconsejado a las compañías norteamericanas, pero eran cosas que sucedían. Lo hacían generalmente por medio de abogados chilenos. No supe de ningún caso concreto de una empresa norteamericana. Por el contrario, cuando negociaba todas esas nacionalizaciones, antes de la “Gran Minería” [en castellano], las empresas norteamericanas eran muy puritanas en este tipo de cosas. Bethlehem, yo diría que por motivos ideológicos, al principio no quiso aceptar un trato con Allende. Prefirieron obtener el dinero del gobierno de Estados Unidos, del contribuyente, como seguro, antes que aceptarlo dentro de un acuerdo. Tuve que llamarlos repetidamente para convencerlos, hasta que al final aceptaron el dinero del gobierno de Allende. Les expliqué que para ellos era mejor recibir el dinero del gobierno [de Allende] antes que del contribuyente [norteamericano].

En lugares como Liberia, o donde estuvieran, en Asia, en todo el mundo, si hacían un trato con Allende aparecería más aceptable. Pero si

⁹ Aludiendo a un conocido chiste en Estados Unidos en el que se pregunta: “¿Cómo está tu señora?”, y el marido responde “¿Comparada con quién?” [N. del E.]

recibían el dinero de parte del gobierno de Estados Unidos, el Congreso o la gente dirían que estaba mal que el contribuyente tuviera que pagar. Por eso, desde su punto de vista, les decía, era más conveniente el dinero de Allende que el nuestro.

—*Éstos eran los años del gobierno militar argentino. ¿Vio usted algunos roces entre los gobiernos de Argentina y de Chile? ¿Se alarmó, pensaba que eran importantes?*

—El gobierno argentino en 1970 y 1971, como los otros gobiernos latinoamericanos, estaba muy alarmado con la presidencia de Allende. Sabían que esto podía llegar a ser un punto focal a lo largo de toda América Latina para que algunos intentaran hacer lo que el Che Guevara había comenzado, y completarlo, y que Argentina iba a ser un lugar, que Brasil podía ser otro. Creo que el Ministro de Relaciones Exteriores de Allende trató de arreglar este asunto, como una de sus primeras medidas al asumir su cargo. Trató de convencerlos de que Chile no representaba ninguna amenaza, que no se iba a fomentar ninguna actividad revolucionaria ni a interferir en sus países.

—*Volviendo a las negociaciones con Allende, podría decirnos algo más...*

—Allende trató de revivir las negociaciones con las compañías. Elaboré una propuesta, según la cual si el gobierno chileno pagaba la indemnización, el gobierno norteamericano respaldaría los bonos chilenos. Esto permitiría a las compañías presentarlos como pagarés al Tesoro en Estados Unidos, el que los aceptaría y los suscribiría, de modo que el gobierno norteamericano asumiría la deuda. La Anaconda y la Kennecott podrían salir con sus documentos y venderlos a un banco, con descuento, y obtener dinero contante y sonante. Así, estas compañías saldrían del escenario, y nosotros no tendríamos que pagar el seguro. La deuda de Allende sería con el gobierno de Estados Unidos, no con la Anaconda u otra compañía privada.

La manera específica de hacerlo era pagar con bonos chilenos —que no tenían valor—, a 15 y 20 años, al interés más bajo posible, esto es, el más bajo de Estados Unidos, que es el del Export-Import Bank. Como dije, entonces conseguiría que la Secretaría del Tesoro diera todo su apoyo y crédito a estos documentos carentes de valor. Éstos serían dados por la compañía al Manhattan o a cualquier otro banco, bajo la garantía de un descuento de tres o cuatro por ciento, y recibirían toda la cantidad en efectivo. Tendrían así un buen trato. Allende debería pagarnos cada seis meses al interés más bajo posible y el gobierno norteamericano asumiría la deuda. Sería como los bonos Brady.

Todo esto lo hice sin la autorización de Estados Unidos. Una vez que propuse esta solución, logré el apoyo de Estados Unidos. Se lo dije a Almeyda y a Allende, de modo que no les mentía, sino que fui claro al señalar que la negociación era de mi responsabilidad.

—*Dentro de la Unidad Popular, ¿apoyó alguien esta idea?*

—Sí, pero está[n] todavía vivo[s], por lo que no puedo decir más. Lo que les puedo decir es que un ministro socialista me llamó por teléfono desde una cabina pública, identificándose de una manera que supe quién era. Me dijo que si yo no lograba este acuerdo, se malograría toda la relación entre las dos partes, lo que sería muy malo para ambas. “¿Qué está sugiriendo?” le pregunté, “¿qué quiere que haga?” No sabía, sólo insistía en que yo hiciera algo. Pero ¿qué podía hacer?

—*¿Por qué razón, en su opinión, rechazó Allende el acuerdo sobre el cobre?*

—Hay tres razones. Una de ellas era Altamirano, el MAPU, etc. En segundo lugar, de acuerdo con el título del documento de agosto de 1970 (“Fidelismo sin Fidel”), Allende no sería un dictador con el poder suficiente como para decir “¡háganlo!” y las cosas se harían. Pero había una tercera razón, la más importante: Allende no entendía el problema. Desde el punto de vista de la economía moderna, era un analfabeto. Lo digo con mucha seriedad; no bromeo. Me di cuenta de que no entendía el uso moderno de la palabra “capital”; no entendía cuando yo trataba de referirme al “acceso al capital”... Había dos, tres, cinco generaciones de diferencia entre mi lenguaje y el suyo. Así, al explicarle el acceso a la tecnología, el acceso al capital, el acceso a los mercados, él no tenía dónde apoyarse. Es más, estaba seguro de que había descubierto la piedra mágica y, en su opinión, Chile gozaba en 1971 de una gran prosperidad. No podía entender de qué le estaba hablando. No podía imaginarse que la situación de 1971 se debía simplemente a la impresión de billetes. Allende no tenía idea de que esta prosperidad era falsa, de que los agricultores estaban descapitalizando el campo lo más rápido que podían —cuando le traté de explicar esto, ¡hum!—, ... y así otras cosas. Y por eso había estas tres razones.

Si usted lee mi testimonio, que fue puesto a disposición del público años después por el Subcomité de Asuntos Latinoamericanos de la Cámara de Representantes, dije que en Chile “no hay violaciones de los derechos humanos, no hay violaciones de los derechos civiles, pero hay un gran problema: la oferta de dinero (*money supply*) se ha incrementado en un ciento por ciento”.

Ustedes tienen que entender también cuál era el grado de alfabetismo económico del Congreso norteamericano: nadie preguntó algo al res-

pecto, y había unos veinticinco representantes en la sala. En 1971 no sabían lo que era la oferta de dinero —los premios Nobel en economía recién comenzaron a otorgarse a fines de los sesenta. Antes la economía no tenía reconocimiento. La economía no era un tema del agrado de los congresistas y si alguien hablaba de la oferta de dinero, ninguno entendía de qué se trataba. De todas maneras, al Congreso le gusta crear dinero. Querían saber sobre el “Enterprise”, sobre la ITT o sobre cualquier otra cosa, pero no sobre la oferta de dinero.

Entre paréntesis, debo decir que yo le había informado al embajador Basov, de la URSS, de la propuesta de acuerdo que le había hecho a Allende. Se lo expliqué cuidadosamente. Basov era un *apparatchik*, pero de importancia y muy competente. Le había explicado las ventajas que el acuerdo tendría tanto para Chile como para la Unión Soviética, porque no tendrían que gastar dinero.

Fue muy estúpido de parte de Allende, en cierto sentido, rechazar lo que constituía una fórmula extraordinaria de evitar un confrontación con Estados Unidos, que era lo mismo que los soviéticos le aconsejaban que hiciera. Los soviéticos no querían financiar una segunda Cuba. Querían que Chile fuera otra Cuba, pero de manera lenta, para no asumir los costos de mantenerla con vida. Le dijeron a Allende que “se entendiera con Estados Unidos”. Por muchas razones, los soviéticos decidieron en enero de 1973 que Allende estaba acabado, que era un fracaso.

—*¿Qué habría pasado si Allende hubiera aceptado su proposición?*

—Pienso que hubiera terminado la “Unidad” [en castellano], aunque podría haber seguido siendo “Popular” [en castellano]. Durante mi estadía en Chile pude confirmar que los soviéticos y los comunistas chilenos querían que Allende firmara [el acuerdo], ya que los primeros no querían incurrir en otro gasto enorme como en Cuba.

...Era un juego complicado, porque los soviéticos querían persuadir a los militares chilenos de aceptar un crédito militar de Estados Unidos para la compra de armamento. Hubo un período muy interesante durante el cual el general Prats iba a la embajada y decía: “Me están forzando a tomarlo [el crédito] de la URSS; mejor dénmelo ustedes”. Luego volvía donde los militares y les decía: “Estoy consiguiendo el crédito de parte de Estados Unidos”. Así se ejecutaba el juego. Un minuto. Revisaré mis apuntes. En agosto de 1971 Pickering va a Moscú, y con el apoyo de Allende les ofrece a las Fuerzas Armadas chilenas un crédito de 50 millones de dólares en material militar. Pickering urge al Ejército a aceptarlo, pero Prats se opone...

Ahora, lo más interesante es que a fines de 1972 el Partido Comunista de la Unión Soviética llegó a la conclusión de que esta causa iba por camino equivocado. Allende sabía antes de su viaje a Moscú (porque se lo había informado alguien que había ido a Moscú a preparar su visita) que no le darían más dinero. Déjenme revisar mis notas... Aquí tengo la cronología: Corvalán visita Moscú siguiendo las huellas del líder del Partido Socialista, Carlos Altamirano, quien fue acompañado por un miembro de la "directiva" [en castellano] del comunismo chileno. Cada uno de ellos se entrevista con Brezhnev y con Kosygin. Corvalán se entrevista con Kirilenko, a quien entonces se le consideraba en el puesto número dos de la jerarquía soviética, y con el que Corvalán había tratado durante muchos años. Allende fue a Moscú en diciembre, se entrevistó con Brezhnev y con todos los demás, y solicitó 500 millones de dólares. ¡Quinientos millones de dólares! Derechamente le dijeron que debía hacer las paces con el mundo capitalista.

Después que Allende regresó de Moscú —y estando yo de vuelta en Estados Unidos—, tuve una visita privada de alguien enviado por Allende, con la esperanza de revivir el acuerdo propuesto en 1971. El enviado de Allende me escuchó, pero no sé lo que hizo después. Más tarde, hacia mayo o junio de 1973 vino a verme nuevamente la misma persona, y llamé a Harry Schlaudeman, que entonces era Secretario de Estado Adjunto. Le dije: "Esto ha pasado, y a menos que tenga alguna idea diferente específica, usted debe negociar este asunto". En ese momento comenzaron las negociaciones secretas entre la Unidad Popular y el gobierno de los Estados Unidos. También entre Allende y la Democracia Cristiana. Ésa es la historia.

—¿Diría usted que la política norteamericana consistía en alcanzar un acuerdo?

—Presumo que sí. Pienso que Harry Schlaudeman habría tratado de llegar a un acuerdo entre el imperialismo y la Unidad Popular. Habría sido el fin de la Unidad Popular, y se habría producido un realineamiento de los partidos, con fracciones de la Democracia Cristiana y fracciones de los socialistas. Sólo el Partido Comunista habría conservado su disciplina.

Probablemente la gente en Chile habría dado la bienvenida a algo como esto, porque se aproximaba una colisión. Les habría gustado a las Fuerzas Armadas, lo mismo que a Estados Unidos, aunque hubiera tenido un costo. Probablemente también habría habido algo de ayuda de Estados Unidos para que Chile se recuperase. Allende habría tenido que pagar un alto precio, porque habría tenido que desdecirse a sí mismo en muchas cosas, incluyendo lo del imperialismo, de Cuba, etc. No hay que olvidar

que Allende consideraba a Castro como su hermano mayor y modelo, por lo que trataría de no decepcionarlo.

Por lo tanto, era difícil que eso sucediera. Pero con seguridad era lo que quería el gobierno de Estados Unidos y lo que quería yo. Les he contado las cosas exactamente, paso a paso, con honestidad, fue él quien dijo que no.

...Alguien como Schlaudemann, un diplomático de categoría, podía entender extraordinariamente bien todo el juego. Quiero decir, las dos partes estaban bien representadas, y sabían que no era posible que Allende se saliera con la suya. Quizás Davis¹⁰ haya creído que era posible, pero no Schlaudemann y, por supuesto, no Kissinger. Porque estos dos veían lo fundamental. Cuando la vida de un hombre ha tenido un perfil determinado, no se puede esperar que haga una cosa así y siga siendo el mismo. Antes se mataría, y eso fue lo que hizo Allende.

—*Me asalta una duda. Para llegar a ese acuerdo Allende habría requerido de una enmienda constitucional, por el problema de las "rentabilidades excesivas" que habían sido fijadas en la nacionalización de 1971. Esto no les habría gustado a sus partidarios, y la oposición no habría querido hacerle las cosas fáciles.*

—Correcto.

—*Jorge Edwards ha dicho que Neruda era partidario de llegar a un acuerdo.*

—Estoy seguro de que así fue. A mi esposa le tocó tratar con Neruda. Le escribía encantadoras dedicatorias de sus libros. Era un hombre querible como ser humano; políticamente es otra cosa. Era muy razonable como intermediario.

—*Leyendo la prensa de la época, se ve que Frei era considerado por los diarios de izquierda, especialmente por la prensa del Partido Comunista, como el hombre de Washington en Chile. Se repetía lo mismo una y otra vez como parte de una campaña sistemática, sobre el dinero de la ITT, etc. Frei tuvo que pronunciar un discurso para defenderse. Sin embargo, usted sostiene que no era mirado amistosamente por Kissinger y Nixon.*

—Ése era Nixon. No tiene nada que ver con Kissinger. Éste se comportaba delante de Nixon como lo hubiera hecho un burócrata prusiano delante del káiser Guillermo II. Prácticamente golpeaba sus tacones, "¡Sí, señor!" Esto era asunto de Nixon.

—*Lo que trato de saber es si Frei seguía siendo considerado como una persona importante en Washington, y si es verdad que él estaba direc-*

¹⁰ Nathaniel Davis, embajador de Estados Unidos en Chile entre 1971 y 1973. Escribió sus memorias, *The Last two Years of Salvador Allende* (Ithaca, 1985). [N. del E.]

tamente vinculado con la política de Estados Unidos en los años de Allende.

—Los demócratas... No se debe olvidar que teníamos un Congreso demócrata, y este partido tenía una alta estima por Frei. Si usted hablaba con Hubert Humphrey, él le comentaba lo mucho que le gustaba Frei. Los Kennedy lo conocían. Todo el mundo alrededor de Lyndon Johnson y muchos senadores conocían a Frei, por lo que a cada paso, automáticamente, se le preguntaría su opinión.

—*¿Supo usted si hubo contacto entre los militares chilenos y el gobierno norteamericano antes del golpe, ya sea la CIA u otras agencias? ¿Esperaba un golpe la Casa Blanca; estaba informada acerca del golpe? ¿Por qué UNITAS ocurrió al mismo tiempo que el golpe?*¹¹

—No sé nada más que usted. Lo diré de la manera siguiente, aunque probablemente usted sepa más que yo, lo único que puedo decir es que el embajador Davis no habría actuado de la manera en que lo hacía si él hubiera sabido lo que iba a pasar, porque se desplazaba solo en medio de la ciudad. Si hubiera esperado un golpe, no lo hubiera hecho.

Pero todo el mundo esperaba que pasara algo, todo el mundo contenía el aliento en espera de algo. Pienso que Washington estaba seguro de que algo iba a pasar en algún momento.

—*El hecho de que las operaciones UNITAS ocurrieran al mismo tiempo, ¿qué significa?*

—Nada.

—*A mediados de 1973, en la Casa Blanca se sabía cómo estaba la situación en Chile y que los militares estaban organizando un levantamiento.*

—También sabían que los chinos y los soviéticos habían desechado el caso a comienzos de 1973. Era el fin, era sólo cosa de esperararlo. Allende mismo había cortado los lazos con Estados Unidos, con la mayoría de la Democracia Cristiana, con una pequeña parte del Partido Radical y con toda la oposición conservadora. Ahora dependía completamente de la Unión Soviética, pero ésta observaba cuidadosamente lo que iba a Cuba, y no podía llegar todo para acá. ¿Qué podía hacer? Las alternativas eran: hacer la paz con el mundo capitalista, como Moscú aconsejaba, o hacer la paz con la Democracia Cristiana y formar una “concertación” [en castellano].

¹¹ Las operaciones UNITAS se realizaban anualmente entre las armadas de Chile y un escuadrón naval de Estados Unidos. Estaban a punto de realizarse el 11 de septiembre de 1973, y los buques norteamericanos se encontraban cerca de las costas chilenas. Algunas interpretaciones críticas de la política de Estados Unidos las han puesto como prueba de una colusión de Washington con las Fuerzas Armadas chilenas. [N. del E.]

Éstas eran posibilidades teóricas. ¿Cómo podía Salvador Allende, si se ve por un momento su vida, decidir repentinamente a esas alturas hacer las paces con el imperialismo y con el mundo capitalista? Ya para entonces les había dicho a otros miembros de su gobierno, en una reunión formal, meses antes del golpe, que prefería morir luchando antes que ceder ante alguien.

—¿Tenía usted alguna idea acerca de lo que el Partido Comunista pensaba hacer en el último tiempo del gobierno de Allende?

—Nosotros sabíamos que los expertos soviéticos en asuntos cupríferos habían dicho a Moscú que Chuquicamata era una empresa norteamericana extraordinaria, y que se debería enviar técnicos de Chuquicamata a Rusia para ayudarlos. Al mismo tiempo emitieron un informe público afirmando que se trataba de una empresa horrenda y otras cosas por el estilo. Durante el tiempo en que estuve aquí, debo decir que teníamos excelente información acerca del Partido Comunista. Era información estúpida.

En cuanto a los últimos años de la Unidad Popular, solamente tengo una teoría. Para cualquiera que conozca la historia del marxismo-leninismo y del Partido Comunista de la URSS, era lógico que una vez que decidieron que el gobierno había “fracasado” y que Allende no tenía esperanza, llegarán a una conclusión realista. No me sorprendería que hubieran hecho algo para provocar un golpe militar, según la teoría de que si las cosas se presionan en un sentido, es más fácil volver. Es una táctica normal muy básica. Esto en primer lugar.

En segundo lugar, ya sea provocando un golpe o después de experimentar un golpe militar que ellos no provocaron, usarían la oportunidad para desembarazarse de los “izquierdistas” [en castellano] de la Unidad Popular que, a su juicio, eran responsables del fracaso. Apostaría a que sucedió una de estas dos cosas, aunque no puedo estar completamente seguro. Pienso, por ejemplo, que un estudio de lo que pasó en los seis meses antes y seis meses después del “golpe de Estado” [en castellano] daría una base para llegar a conclusiones tentativas. Ciertamente, el hecho de que Corvalán hubiese permanecido en el país sería absolutamente esencial para esta teoría. Para que el partido pueda sobrevivir como una fuerza al golpe, el líder debe permanecer junto a la tropa. Lo que me gustaría saber es a dónde fueron los otros y cuándo. No lo sé, es sólo una teoría. Diría, ¿quién pagó el precio después del golpe? Estoy seguro que fue el MIR o el MAPU u otro de la extrema izquierda, la gente que era más molesta. Yo sabía que lo habían hecho en otras partes, lo había presenciado.

—*Usted se ha mostrado crítico de la Comisión Church...*

—Fue deshonesta. Como dije en la conferencia, Chile simplemente fue algo para arrojar como “basura”, para deshacerse de todas las cosas sobre las que los políticos no quieren rendir cuentas: Vietnam, Watergate, Nixon.

Es la conclusión a la que he llegado. Si usted me dijera, “pruébelo”, no le podría aportar los detalles porque todo fue hecho por teléfono o en conversaciones privadas. Pero hubo un acuerdo con el director de la CIA, William Colby, quien inició todo esto por accidente. Él quería que cierto congresista afirmara que la CIA era algo grande y que le debían dar recursos. Entonces dijo que tenía a su crédito el golpe en Chile. Insinué que eso era mérito suyo, sin pensar que sus palabras irían más allá de este hombre que era responsable de obtener dinero para la CIA. Así fue como comenzó. Después de eso, se convirtió en un naufragio en el cual cada uno trataba de salvar su pellejo.

Estuve con el Presidente Frei en el Hotel Waldorf-Astoria en Nueva York, hacia 1974/1975. Me llamó y me pidió que lo fuera a ver. Le pregunté: “¿Ha visto a Dungan?” Me respondió: “¿Ralph? Lo único que le interesa es salvar su pellejo, como todos los demás”. Eso es lo que me dijo Frei.

—*¿Dijo algo acerca del gobierno militar?*

—Me preguntó una cosa, y yo me equivoqué. Me preguntó si pensaba que los militares estarían en el poder por mucho tiempo. Le dije que no, porque no tenían una vocación por el poder político. Es la manera como lo dije, ya que usé la palabra en el sentido francés de *vocation*.

—*¿Y cuál fue la reacción de Frei? ¿Se acuerda?*

—Sí, me dijo que no estaba seguro de si eso era correcto. Son las dos cosas que me acuerdo de la reunión; no había nada que yo le pudiera decir a él. Le dije que estaba avergonzado por lo que sucedía en Washington, que esto era un asunto de la CIA y que a mí me molestaba mucho, que era indignante lo que le hacían a Chile.

Lo otro acerca de la Comisión Church es que toda la gente de la mayor jerarquía que era responsable por el informe acerca de la CIA en Chile [Informe de la Comisión Church], todos tenían alguna conexión con la CIA.

—*¿Por qué no se comentó o publicó algo de esto?*

—Porque se trataba de acuerdos *sub rosa*, de tipo contractual. Un año después del término del trabajo de la Comisión Church, el consejero legal de la Comisión que investigaba el caso de Chile, F. A. O. Schwartz, un estupendo abogado que se encontraba ahora en una de las mejores

oficinas legales de los Estados Unidos, la misma de Cyrus Vance¹², y a quien se le había contratado como asesor legal, dio un discurso en la Asociación de Abogados de Nueva York. El presidente de la Asociación era Cyrus Vance, y alguien me contó que se iba a hablar acerca del triunfo de la Comisión Church, así que fui. Eran todos abogados de Nueva York, cerca de ochenta o noventa personas. Fue una información de *The New York Times*. Llamé al *Times* y pregunté si querían un periodista.

Schwartz pronunció un discurso sobre cómo la Comisión Church había contribuido a elevar el nivel de moralidad en los Estados Unidos, en asuntos de asesinatos, de derechos civiles. Fue un buen discurso, razonable, sin detalles sobre Chile; más que nada trató otros aspectos, el FBI, la CIA, etc., mezclándolos con problemas sociales. Después hubo preguntas, y cuando terminaron me levanté —yo estaba atrás— y dije si podía hacer una pregunta. Yo no difería en nada de lo que él había dicho esa tarde, pero quería saber si él defendía mi exclusión de los *hearings*¹³. La persona a cargo de la reunión quizo llamarme al orden, pero él se levantó y dijo: “Embajador Korry, nosotros nos equivocamos. Usted debió ser convocado como testigo”.

Luego, al salir, me dijo: “Usted debe entender, no se trató de algo *ad hominem*”. Es decir, que no era algo personal en contra de mí y que yo no debía estar molesto. Al bajar las escaleras con él —lo conocía, ya que había estado en África— le dije, pero “¿se da cuenta del daño que le ha hecho a un país como Chile, a la historia y también a usted mismo, al haber sido parte de esto?” “Ah, pero todo este asunto..., usted tiene que comprender que ellos [los miembros de la Comisión] no tenían a Chile en mente; no tenía nada que ver con Chile. Nada. Usted sabe... Usted fue aplastado cuando los elefantes en Washington se enloquecieron y se estrellaban unos con otros”... Es triste, es difícil de explicar.

—*Desgraciadamente se nos ha ido el tiempo. Quedan muchas preguntas en nuestra mente. Agradecemos al embajador Korry por su colaboración que nos facilitará entender algo más este período álgido de nuestra historia. Muchas gracias.* □

¹² Cyrus Vance, Secretario de Estado en la presidencia de Jimmy Carter, entre 1977 y 1980, y que renunció a raíz del fallido intento de rescatar a los diplomáticos norteamericanos que estaban rehenes en Teherán. [N. del E.]

¹³ Véase nota 1. [N. del E.]